

IRIS

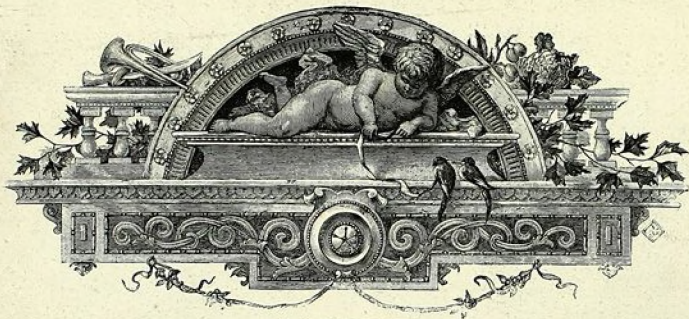


Núm. 203

BARCELONA, 28 MARZO 1909

95 CÉNTS

Ayuntamiento de Madrid



LA SEMANA

Hétenos ya en la *estación florida*, que para unos se traduce en desagradables erupciones, para otros en un conflicto por no poder continuar con el uso del parjesú ó la capa, protectores de la raida americana, y para los menos en una deliciosa temporada, que permite lucir el garbo y *señala* la reapertura de los circo taurinos.

«Las sangres hierven», y es de suponer que con tan poderoso motivo aumentará, si cabe, la criminalidad, particularmente entre los Otelos y Anthony's del ramo chulapero. Si con el frío que ha hecho han menudeado tanto los asesinatos de descarriadas ovejas ¿qué no será ahora, con la temperatura algo calurosa que ya se deja sentir y con la seguridad de aparecer retratado en los papeles públicos?

Entre los espectáculos anunciados para el próximo abril deben citarse en primer lugar las elecciones, que prometen dar mucho juego. Por el pronto, ya es muy regocijado ver como ciertos republicanos de la coronada villa se entretienen en representar el divertido sainete de *Las Aceitunas*, no queriendo sumarse con los otros por si una vez triunfante aquella forma de gobierno ha de ser guisada en salsa verde ó en salsa blanca. Lo cual honra en extremo la previsión y sinceridad de los anti-coalicionistas, si bien aprovecha no menos á la candidatura monárquico plutocrática que va á presentarse para combatir *eflorescente* la de Costa, Estébanez, Picón, Morayta, Llano, Persi y Rodríguez, personas todas ellas estimabilísimas.

Continúan á la orden del día las huelgas, ó como debería decirse para ser consecuente, las *juergas*, —pues es la misma palabra, pronunciada en flamenco.—La clase obrera sirve hoy de modelo á la clase escolar para apoyar sus justas, aunque tardías, reivindicaciones, pues los motivos de agravio que alegan actualmente los estudiantinos no son obra del pobre Sr. Allendesalazar siro de sus antecesores, los Gamazo, los Pidal, los Groizard, los Alix, los Romanones, etc. Todos estos *sabios* trastornaron, en efecto, á más y mejor, la instrucción pública, sin que nadie saliera á pararles los pies. Ya saben ahora los hijos de Minerva lo que deben hacer: en cuanto un ministro de Instrucción Pública comience á desbaratar, huelga al canto y exigir que todas las disposiciones *emanadas* de aquel centro queden sujetas á un *referendum* por parte de los interesados.

A la hora presente continua en sus oficinas del Temple el bajá de Valencia Sidi Martos O'Neale, que con tanto *tacto* y discreción gobierna aquella ciudad y su provincia, ni ha dimitido tampoco el *digno* rector Candela, á pesar de las *indirectas* de aquellos apreciables jóvenes. Uno y otro, por lo visto, están á prueba de auroras boreales.

La Junta del Ateneo de Madrid ha tenido á bien disponer que no continúe la discusión acerca de la influencia de la novela moderna en las costumbres, á causa, según parece de que el vuelo del debate no tenía toda la altura necesaria. Prescindiendo de si esto es rigurosamente exacto ó no, lo mejor hubiera sido no apelar á esa medida impropia de un centro que en algo debe distinguirse de una ceremoniosa academia. Si en los «Cuerpos Colegisladores» debiesen suspenderse las discusiones por el bajo vuelo en que se arrastran á veces, sería preciso que el presidente apelara á tan vilisimo medio tres veces por semana.

Como no es menester decir, los tranvías de Madrid continúan cumpliendo á conciencia su misión de despoblar la capital de España mediante el aplastamiento, trituración y guillotinaje de la tierra infancia. Lo que no hace la diferencia lo hacen los tranvías, y en último resultado viene á ser lo mismo. Lo que no sabemos es cuantos miles de pesetas ha pagado hasta ahora la empresa en concepto de daños y perjuicios.

ARGOS

LAS FALLAS DE VALENCIA



FALLA DE LA BAJADA DE SAN FRANCISCO
(Primer premio)



FALLA DE LA CALLE DE HERNAN CORTÉS
(Tercer premio)

Según tradicional costumbre se procedió en Valencia á la *plantá de fallas*, en celebración de la fiesta de San José, pero como este año abunda en sucesos que permiten dar rienda suelta á la maza satírica, las fallas han resultado mucho más intencionadas y picantes que otras veces, lo mismo que los *llibrets de versos* y las *albaes*.

Falla alusiva á los acartonados «amadores» de las glorias valencianas y dispensadores de premios en la plaza de Mariano Benlliure; falla *enderezada* á la Tabacalera, con varios agonizantes por morde de sus *productos*, en la Bajada de San Francisco; en la calle de San Gil la República, bajo la especie de una Meneilda, muy engolfada en barrerío todo con su escoba. El *gobernadorcillo* Martos no dejó que la gente pudiera enterarse del *llibret de versos* explicativo de la falla de la calle del Pilar.

Los falleros de la calle del Torn se inspiraron en chismes de vecindad; los de las calles Alta, Liria y Jordana en cierto lamentable pugilato entablado entre dos beneméritos republicanos; en la calle de Guillén de Castro la falla representa á Silveira y Moret contemplando una paella.

En la plaza de Ruzafa había una falla, de cuya intención pueden dar fe los versos del *llibret* que dicen:

—Después totes les nasions se burlen hara de España, porque els barcos y els canons tots están forrats de caña.

El Jurado ha otorgado el premio de cien pesetas á la falla de la Bajada de San Francisco, obteniendo también sendas recompensas las de las calles de Maldonado, Hernán Cortés, Cirilo Amorós, Jordana, San Gil y alguna otra.



FALLA DE LA CALLE DE MALDONADO
(Segundo premio)



FALLA DE LA CALLE DE CIRILO AMORÓS
(Cuarto premio)

NIÑAS TORERAS

No me refiero á las que tanto gusto han dado en la plaza de Barcelona y en la de otras muchas poblaciones, lo cual prueba la inmensa variedad del gusto y las no pocas aberraciones del mismo, pues,

en mi pobre juicio, se necesita tener este perdido ó aquel estragado, para disfrutar con los achuchones, los revolcones y las desazones que sufren unas cuantas infelices que, sin duda, se arriesgan á ponerse ante las puntas incipientes de los novillos, en vista de las dificultades que hallan para ganarse la vida con las puntas propias de su sexo: las de las agujas.

Aludo á esa otra multitud de niñas, más ó menos hermosas y más ó menos casaderas, que cultivan el arte del toreo, en su domicilio, en la calle, en visita, en el paseo, en todas partes.

Claro está que hay muchas jóvenes honestas, pudorosas, que



hoysón buenas hijas y mañana serán esposas honradas y amantísimas madres; pero es innegable que no faltan, antes sobran, las que se dedican al toreo en el redondel de la sociedad, cien veces más expuesto que el de la plaza.

Las tales muchachas, apenas se hallan ante una res de la acreditada ganadería de Adán, realizan la lidia, capeando al toro con sus amabilidades seguidas de desdenes, dando largas cuando les parece que la res, por sus muchas piernas, va demasiado aprisa en sus pretensiones, empleando las *verónicas*, ó sea las lágrimas, que de verónicas las dan aspecto, cuando el bicho se presta á ello, clavándole las banderillas de sus miradas, unas veces en su sitio, otras en la sesera ó en el rabo, y finalmente, acabando con él, (pues el matrimonio, legal ó ilegal, es casi siempre, para el sexo feo una especie de muerte civil) ya al revuelo del capote de la mamá, ya á volapié más ó menos limpio, ya aguantando... sofiones y desdenes, ya recibiendo: que es, en el toreo de que se trata, como en el clásico, la suprema y más arriesgada de las suertes.

En esta clase de lidia, ejercen de picadores los conocidos de la familia, picando... el amor propio del hombre res; de *capas*, las criadas y las porteras; y la futura suegra, al convertirse en suegra efectiva, de puntillero. Después... ¡casi nunca falta algún buen amigo que se encargue del *arrastré!*

EDUARDO BLASCO



DE TIENDAS

(HISTORIETA MUDA, POR F. VERDUGO)



DOMINGUERIAS

Dominga tiene un novio carnicero lo mismo que otras muchas cocineras de casa grande, y á la vez que conoce los resortes de la sisa, y le compra los riñones á su Manolo, sabe captarse las simpatías de sus señoritos.

Y en verdad que la muchacha no sería fea si no fuese un poco cachigorda, como casi todas las de su oficio, y pudiese desterrar de su cuerpo todo un enjambre de pecas, que hacen pensar inmediatamente en un muestrario de sopa de perdigones. No obstante, vive dichosa confiando en su Manolo, terrible matachín de plazuela que luce un lunar de cuatro pelos enmarañados debajo del labio inferior, dando este detalle á su aspecto de perdonavidas, verdadero carácter típico.

Dominga lava, cose y plancha la ropa interior de su novio, empleando para ello los útiles de la casa donde sirve. Los días de fiesta se pone la blusa de colorines, el mantón de Manila teñido de negro y la falda rameada. Sale á la calle y se reúne con su novio que ostenta la camisola recién planchada y el terno propio del caso.

—¿Dónde quieres ir?—pregunta él carifloosamente.
—Donde tú quieras,—responde la muchacha poniendo los ojos en blanco.

—Iremos á la Bombilla,—dice Manolo, cogiéndose del brazo de su adorado tormento y escupiendo por el colmillo.

Y por allí va la pareja feliz, despertando la envidia de los que pasan y sonriendo orgullosamente.

Cuando las sombras de la noche disuelven los bailes de la Bombilla y empiezan á brillar á lo lejos las luces de la población, vuelve la pareja cogida del brazo después de haber bailado como dos peonzas. Piensan en las delicias del domingo próximo, y la reina del fogón, que le abandonó por breve tiempo, llega tarde á casa de los señores.

Pero Dominga regaña un día con su novio por si tenía ó no buena carne, y loca de despecho se le ocurre la idea de freírle los hígados, dándole *achares* con un señorito de la vecindad llamado Serafin, joven estudiante tan poco dado á los libros, como conquistador incorregible de modistas, planchadoras y cocineras.

Una noche, después de una hora de palique callejero, con arrebatos amorosos y frases intencionadas que trascendían á menestra por un lado y á retórica por otro, quedaron convenidos Dominga y el estudiante en salir juntos al día siguiente.

—Otra mujer vendea,—pensaba Serafin, al acostarse tranquilamente soñando en el mañana.

Pero la cocinera no pudo pegar los ojos en toda la noche, y, desesperada por las ingratitudes de su Manolo, tan pronto ahogaba sus sollozos, mordiendo las almohadas, como se revolvió en la cama golpeando su cabeza contra los boliches.

Amaneció por fin el domingo tan deseado por el estudiante, y á la hora convenida se reunió con su nueva y ojerosa maritones.

Serafin pensaba pasar la tarde en los Castro Caminos, pero no pudo ser porque su adorada paloma le rogó la llevase á la Bombilla, sin duda para que Manolo la viese con otro hombre y rabiara de celos aparte. La tarde se presentaba espléndida. Un inmenso gentío bajaba por la cuesta de San Vicente, esparciendo á su paso la alegría y la algazara.

El estudiante y la cocinera penetraron en uno de los merenderos de la Bombilla y, al son de un plano de manubrio, dieron unas cuantas vueltas, lo bastante juntitos para que con frecuencia perdieran el compás.



Cuando era mayor el entusiasmo de Serafín, que ya se sentía mareado al cruzar desde tan cerca las miradas con su pareja, una mano tosca y potente le sujetó bruscamente por un brazo, mientras rodaba por el suelo la cocinera con un fuerte atrás que de nervios.

—Suelta usted,—decía Serafín entre dientes.

—No me da la gana,—rugió Manolo.

Y acto seguido sintió que le agarraban del otro brazo en sentido contrario, como si trataran de partirlle en dos mitades; era Dominga que dando por terminada su fingida indisposición, quería evitar una contienda.

—Por Dios, Manolo, respeta la inocencia de este señorito y reflexiona que yo soy la única culpable por quererte dar celos.

Manolo suelta por fin al señorito, al mismo tiempo que le pega dos pescozones; le recuerda delante de los cariosos, que su señora madre le debe dos libras de falda, y al fin se reconcilia con la cocinera.

Atontado completamente y con un nudo bilioso en la garganta, se retira el estudiante en el momento crítico en que Dominga y Manolo se preparan para bailar una habanera.

Serafín llega á su casa jadeante y mal humorado; pero sabe disimular admirablemente, y cuando su familia le pregunta si se ha divertido, describe la algaraza de los merenderos de la Bombilla, pondera la gracia de las mujeres del pueblo, y tararea, por no llorar de rabia, todo el chulesco repertorio del clásico piano de manubrio.

Pues bien, querido lector, muchos estudiantes y lo que es más, otros conquistadores que ya no visitan las aulas, se divierten como Serafín.

LUIS VÍOR PASCUAL



REALIDAD

LAS DOS VIEJAS

Allí contra una puerta, la veo arrebuja^{da}, con sus yertos bracitos, con su carita helada, allí feliz soñando la veo sonreír; la doy una limosna que dejo en su manita, despierta y da las gracias con suave vocecita, me mira un solo instante, y vuélvese á dormir.

No sueña la chiquilla con faustos y esplendores, sonríe porque cree cesaron sus dolores. Dos ángeles hermosos la vienen á adorar; risueña los contempla, les pide que la lleven, en túnica estrellada los ángeles la envuelven, y el cielo se entreabre dejándola pasar.

Despierta la muñeca lanzando un alarido, brutal y fiero azote su cuerpo ha sacudido, en sueños todavía murmura breve quej^o; allí, junto á la niña, pidiéndole el jornal no está como soñaba un angel ideal, allí está su madrastra, la repulsiva vieja.

Allí junto á una puerta que está casi cerrada, la veo por las noches gentil y perfumada, al verla su presencia pretendo rehuir; no puedo, me persigue llamándome y me incita, la miro compasivo, es una flor marchita, que por ser mal cuidada muy pronto va á morir.

Entonces no soñaba la niña con amores, soñaba con arcángeles, con pájaros y flores. Hoy que vienen los hombres sus gracias á admirar, gozosa ella recibe á todos los que quieren, les pide una limosna diciéndoles que entren, y ábrese la puerta por fin de par en par.

Entonces fué muñeca y hoy es angel caído; entonces parecía un pájaro en su nido: hoy ya está desvelada pidiendo en la calleja á todos los que pasan con aire bien jovial, y solo se parece á la niña angelical, en que hoy es explotada también por una vieja.

BENIGNO VARELA

LAS PLUVIANAS, cuadro de Eilich Wedder



LA BELLA ELISA

Así la designaban todos sus conocidos y á fe que pocas veces estuvo mejor aplicado el adjetivo que más lisonjea á las mujeres, pese á cuanto se diga y se predique sobre lo vano y efímero de la hermosura física.

Verdad es que, en ello, como en otras muchas cosas, la culpa no es la culpa, no es tanto de las hembras como de los varones.

Si nosotros casi nunca apreciamos, en las mujeres, otros atractivos que los físicos, ¿qué de extraño tiene que ellas consideren éstos como el *summum* de los bienes, cuando su programa, sus aspiraciones, sus fines, pueden reducirse á esta frase: agradar al hombre, lo suficiente para convertirse en marido?

Y dicho sea de paso, opino que, en tesis general, hacen perfectamente las mujeres que á lo antedicho concretan sus deseos, porque nada hay más lastimosamente ridículo, más repulsivo y, muchas veces, más funesto, que la mari-macho, la mujer que invade el terreno propio del varón: ¡como que ni siquiera tiene igual en el cómico y no menos apesotado tipo del hombre de gustos afeminados, del cominero, del mariquita, en el buen sentido de la palabra, si es que de bueno puede ser calificado!

Pero sabido es que todos los extremos son viciosos: plausible es que la mujer, con honrado fin, se proponga agradar al hombre; pero nada tan censurable como que, pluralizando el propósito, se empeñe en ser del gusto de los hombres.

Y claro está que, según habrán comprendido los discretos lectores, no es, lo que critico, el sencillo deseo de parecer bien á todo el mundo, sino el envanecimiento inspirado por los materiales encantos, el hacer de ellos un arma y lanzarse, con ella, á cazar en el vedado de las pasiones, el prevalerse de un don del cielo, para hacer sufrir á los hombres los tormentos del infierno, para jugar con los más nobles sentimientos y con los corazones más honrados y leales como si fueran despreciables juguetes. En esto consistía precisamente el defecto de Elisa.

Soberbia por su hermosura y por los halagos y lisonjas que, recibía, pasó su juventud tomando á risa uno de los más serios afectos, teniendo siempre, tres ó cuatro novios y otros tantos aspirantes á serio, haciendo de su pecho, casa de vecindad en testamentaria, con cincuenta inquilinos y ningún dueño.

Este sistema la proporcionó multitud de vanas satisfacciones, mientras fué joven, mientras el brillo de sus atractivos ofuscó á cuantos hombres se acercaban á ella impiéndoles ver sus defectos morales. Pero ¡ay!... ¡La juventud pasó, los físicos atractivos se marchitaron, los adoradores huyeron uno tras otro!

—(Cuando yo observe que voy acercándome á mi ocaso, tiempo tendré, y partidos, de sobra, para casarme!... ¡Entre tanto, quiero disfrutar de la vida!...—se había dicho siempre Elisa.

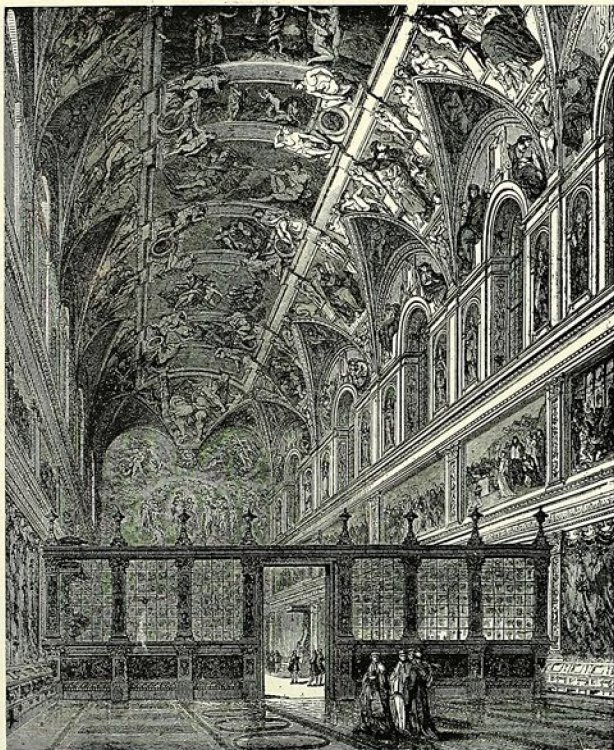
Y sólo engañóse á medias, porque si bien los partidos no se presentaron, si los amantes se fueron, si aquellos á quienes, ella, desalentada, se arriesgó á hacer ciertas insinuaciones, se rieron en su propia cara, aconsejándola que se mirase al espejo, si recibió muchos desengaños de los hombres, no la faltó, antes sobraba, tiempo...

¡Tiempo para arrepentirse, para llorar su aturdimiento, su vanidad, que la hacían llegar al ocaso de su vida, despreciada y abandonada de todos, en la más espantosa soledad!

Y era su peor castigo, oír constantemente la voz interior que murmuraba esta sentencia, de dantesco fondo: «Pierde toda esperanza, mujer que pasaste lo mejor de tus años, entre locos devaneos! ¡Morirás sin el apoyo de un marido, sin carifiosos hijos que, llorando, cierran tus ojos! El arrepentimiento redimirá tus faltas, pero no podrás darte la dicha! ¡Tus esfuerzos son inútiles! ¡Ya es tarde!»

ENRIQUE LÓPEZ





LA CAPILLA SIXTINA

La celebración de otro jubileo pontificio mas, ó sea el del 25.º año de la elevación al solio de S. S. León XIII, ha llevado á la Ciudad Eterna á millares de personas, que á la vez que de festejar al Papa, han tenido ocasión de admirar las innumerables bellezas y cosas curiosas que contiene Roma. Uno de los lugares mas dignos de visitarse, es la famosa *Sixtina*, en la Basílica de San Pedro.

Esta capilla, verdadero museo Buonarroti, de mayor capacidad que muchas iglesias, encierra las obras de Miguel Angel, pintor, pues que efectivamente entonces fué cuando llegó á serlo. Al imponerse Julio II esta asombrosa tarea, tenía el artista treinta y tres años, y le contestó á su Santidad: —Yo soy escultor y no pintor; conad este trabajo á Rafael;—pero el Padre Santo volvió á la carga, suplicándole que á lo menos dibujase los cartones. Arrastrado por este principio de ejecución, así que preparó las paredes, llamó Miguel Angel á muchos artistas amigos suyos para que pintaran los frescos, pero como sabía tanto como ellos, acabó por despedirlos y se encerró durante cinco años en la capilla Sixtina, donde trabajaba lentamente, siempre descontento de su obra y corriendo tras de una perfección ideal que le obligaba á borrar un día lo que había hecho la víspera. Las pinturas de la capilla Sixtina exigen, como todas las obras serias y profundas, un poco más de atención que la que generalmente se las consagra. Así es que entró de dirigirse á contemplar la gran página mística del *Juicio Final*, es necesario empezar por la *Creación del Mundo*, en que el Dios de Miguel Angel parece atravesar la inmensidad y dejar escapar el globo de sus manos. Toda la época bíblica forma el asunto de las pinturas sucesivas, ejecutadas sin excepción con esa profundidad, ese vigor y esa conciencia de factura que mantienen al artista constantemente á la altura del filósofo.

La decoración de la capilla Sixtina es la obra capital del Renacimiento, y la que mejor representa á la Roma cristiana, porque Miguel Angel era eminentemente romano, aunque ciudadano de Florencia. Arquitecto, ingeniero, pintor y escultor al mismo tiempo, poseía como Leonardo Vinci maravillosas disposiciones: todos los soberanos del mundo, hasta el sultán Soliman, le quisieron tener en su corte, pero en ninguna parte podía encontrar como en Roma, el término medio que á su genio convenia.

HISTORIAS CURIOSAS Y ENTRETENIDAS

Triunfante en 1820, cuando parecía inminente su fracaso, la revolución iniciada por el coronel Riego en las Cabezas de San Juan, hubo el rey Fernando de soportar por espacio de los *tres negros llamados años* el funcionamiento del régimen constitucional, sujeto á su vez á los más terribles embates por parte de los *realistas* levantados en armas.

Las continuas lamentaciones con que Fernando les iba al emperador de Rusia y demás compadres de la *Santa Alianza* hubieron de decidir al autócrata á enviar aquí un cuerpo de ejército para restablecer al fantoche de Valençey en el pleno goce del poder absoluto, pero temeroso Luis XVIII, aconsejado por Chateaubriand, del peligro que iba á correr si de nuevo pisaban los aliados el suelo de Francia, le manifestó al *gendarme de Europa*, pues con este título se honraba el Czar, que ya cuidaría él mismo de meter en cintura á los desalmados que tanto acibaraban la existencia del desgraciado prisionero.

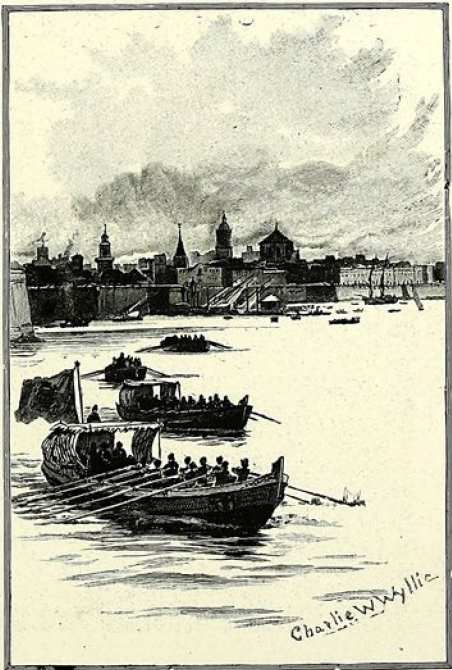
El efectivo del ejército francés, al mando del duque de Angulema, no llegaba á 35,000 hombres, pero iban agregados al mismo unos 30 000 realistas españoles, *pagados por el gobierno de Luis XVIII*, á las órdenes del barón de Eroles, Quesada, Longa, Mosen Anton, el Trapense, el conde de España y D. Santos Ladrón. Vendidos al oro francés los generales Ballesteros, Morillo y Enrique O'Donnell, pudieron las tropas franco-hispanas adelantar sin obstáculo; las Cortes se retiraron desde Madrid á Sevilla, llevándose consigo al rey; desde Sevilla pasaron á Cádiz; sitiada ésta y bombardeada *pour rire*, cuidaba Fernando de enterar á los franceses del estado de la plaza mediante unas gigantes casacas *pandorgas* ó cometas que se entretenía en hacer volar.

El 28 de septiembre, acordaron las Cortes, á propuesta de Calatrava, presidente del consejo de ministros, devolver al rey la *autoridad absoluta*, y el 30 se rendía la plaza.

El 1.º de octubre salía Fernando en la falda real para ir á renunciar

con el duque de Angulema en el Puerto de Santa María. Mientras se hacían las salvas un oficial de artillería—á lo que se cuenta,—quiso disparar con bala contra la barca que conducía al rey, pero se opuso enérgicamente á ello el general Valdés. Este virtuoso varón pagó después caramente su nobleza, pues fué una de las víctimas que con más encono persiguió Fernando VII.

M. de Villèle puso una cuenta de 22 millones de francos por el sueldo, mantenimiento y equipo de la patulea española que servía en el ejército francés. Lo distribuido para comprar generales y diputados ascendió á 4 millones de igual moneda. Por cierto que Fernando pagó á Luis XVIII el favor que le había hecho, volviéndole la espalda y entregándose á las potencias del Norte.



FERNANDO VII DIRIGIÉNDOSE DESDE CÁDIZ AL CUARTEL GENERAL DEL DUQUE DE ANGULEMA, Á BORDO DE LA FALDA REAL

ALFREDO OPISSO



ROBO Y ASESINATO

—¡Guardias! ¡Guardias!
Así gritaba un joven, la otra tarde, en el paseo de la Castellana, pidiendo socorro.

A su alrededor, en un instante se arremolinó gente, con los ojos desmesuradamente abiertos por el temor ó la curiosidad.

Hasta las dos correctas filas de coches, que se deslizan pausadamente bajo los árboles despojados de hojas y sobre la arena húmeda y surcada en mil líneas por las huellas de los vehículos, detuvieron sus pintadas ruedas, que, heridas del sol amarillo de la invernal tarde, iban como enmarañado infinitas madejas de hilos de luz.

El joven, que, á voces, solicitaba auxilio de la autoridad, estaba irreprochablemente vestido. A un traje de rica estofa añadía joyas finas. En el dedo anular de la mano izquierda lucía hermoso anillo de grueso y deslumbrador brillante entre un arillo de oro y una sortija con esmeralda. Sobre el chaleco de cachemir se cruzaba doble y bien labrada cadena de la que pendían caprichosos dijeles. Una gota de masa lunar ponía en el alfiler de la corbata la esferoide de una perla del tamaño de un garbanzo.

Densa palidez cubría el semblante del elegantísimo mozo. Parecía próximo á exhalar el último suspiro. Con ambas manos se oprimía el pecho agitado.

—¿Qué ocurre?—dijo, acercándose un guardia.

—He sido robado y herido traídoramente,—pudo articular el joven.

Y dicho esto, poseído de emoción extrema, nublósele la vista, y cayó al suelo.

Fué conducido inmediatamente á la silla más próxima, á una de esas sillas de entrecruzado alambre, que suelen aprisionar, como una red de aire, el cuerpo de las hermosas.

Aumentóse el corro en torno del joven desmayado.

Un abanico compasivo, que traía como por juguete una dama, movido por mano sutil y diestra, revoloteó mansamente, con saludable aleteo, como mariposa mecida entre amorosa languidez, sobre el rostro, apenas barbado, del infortunado pollo.

Se hacían mil comentarios.

—¿Qué pueden haberle robado?—decía un señor, en cuya faz, apoplética de glotonería, se marcaba el sello del más prosaico positivismo.—El conserva todas sus alhajas. Reloj, cadena, alfiler, sortijas, hasta el dinero, cuyo redondo bulto se revela bajo la tapa del bolsillo, todo lo robable, en fin, por dedos rateros, encima lo lleva.

—¿Usaba bastón?

—Sí; ahí yace caído.

Tempesto el gabán, que lo llevaba puesto, podía habérsele sustraído. Y aun registrados sus bolsillos interiores, encon-trósele una cartera con billetes, prueba de que no había sido tocado por manos ladronas.

Una señorita sensible, que aun de este género quedan adorables ejemplares para embeleso de poetas soñadores, se aventuró á hacer una observación.

—Quizás le habrán robado algún recuerdo que el desgraciado estimaba en mucho.

—¿Un recuerdo? Y eso ¿con qué se come?—objetó un guasón.

La señorita sensible se mordió los labios, hizo un gesto desdellioso, y volvió la espalda.

¡Ah! ¿Quién no guarda recuerdos, recuerdos de amor, sobre todo que son el mejor tesoro de la existencia? Si se pierden, la vida es una miseria, una noche sin luceros, un campo de flores, una corriente de agua, oscura, sin reflejos ni murmullos...

Fué igualmente registrado el joven para ver donde estaba herido. Pero en parte alguna se le encontró la más mínima señal de sangre derramada.

Sin embargo, el caso era evidente. No pierde el sentido un mancebo gallardo por cualquier cosa. Al fin, después de hacerle respirar algunas sales, volvió en sí, lanzando un largo suspiro. Púsose en pie, y miró á un lado y otro.

—Vamos, señorito, valor,—dijo el guardia.—Diga quien le ha robado y quien le ha herido.

—Allí está mi ladrón y mi asesino,—repuso el caballere-te, señalando con el dedo hacia un grupo, donde predominaban las mujeres.

Se aproximó el guardia al lugar indicado, en compañía del joven, que aun conservaba intensa palidez en su rostro, y mostrando á una arrogante señorita, dijo:

—Esa es la autora de toda mis desventuras. Esa es la que me ha robado y me ha lesionado de muerte. ¡Oh! ¡Sí, de muerte. Porque moriré de la herida que me ha inferido.

¡Qué escándalo se produjo entonces!

Todos se separaron de entorno de la hermosa criminal, dejando sola á la acusada, al lado de una señora, que debía ser su madre.

¡Oh! ¡Qué bella era aquella ladrona y asesina! Alta, esbelta, de grandísimos ojos negros, seductora como una ondina, allí permaneció impasible como si ninguna acusación pesara sobre ella, antes bien, parecía gozarse en la admiración de que era objeto. Díjérase, al verla serena y sonriente, que parecía recibir, más que una inculpación, una apoteosis.

También la señora sonreía. Y dirigiéndose á los circunstantes, exclamó:

—Ese caballero está loco.

—No, no; soy una víctima de su hija,—repuso el joven en acento tristísimo.

—Pues bien ¡a la cárcel!—gritó ya impaciente el guardia.—Se está alterando el orden público.

—Calmá, señor guardia, calma,—replicó la madre de la señorita inculpada.—¿Puede decir ese joven qué le ha robado mi hija, y en donde le ha herido?

El pobre mozo no apartaba entre tanto sus ojos de la señorita, causante de sus infortunios. Mirábala con tristeza y con amor, llenándosele los párpados de lágrimas. Y ella, la ingrata, la cruel, mirábale también, tranquila, erguido el fino talle, alta la nivea frente, risueños los dulces labios, como una diosa adorable de la majestad triunfante y de la belleza arrebatadora.

En fin, de su boca lindísima salieron estas palabras:

—Conteste ese joven por qué soy su ladrona y su asesina.



—Bien lo sabes, Luisa,—replicó el aludido.—Desde que te conocí, te amé, te amé con delirio. Tú correspondiste á mi pasión. Me abriste las puertas del paraíso que yo había soñado, y cuando ya iba á penetrar, cuando mi existencia empezaba á ser existencia de placeres y felicidades, me arrojaste, con tus desdenes, al abismo de la desesperación y del abandono. ¿Para qué me amaste, si habías de dejarme de amar?

—Nada tiene eso que ver con el robo y el asesinato de que ha hablado aquí,—dijo filosóficamente el guardia.

—Pues, sí,—repuso el joven;—me ha robado el alma y me ha matado el corazón.

Todos los oyentes soltaron una carcajada.

La señorita, entonces, visiblemente conmovida, dijo:

—¡Querido, Miguel, puesto que me acusas, ser la reparadora de tus desgracias.

—¡Bien dicho!—exclamó el guardia.—Y en crímenes como esos, yo sobre, por que no concluyen en la cárcel, sino en la vicaría.

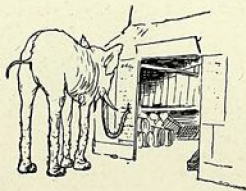
Y saludando militarmente se alejó de allí, dejando á Miguel y á Luisa entregados á los beatíficos transportes de la reconciliación de unos amores interrumpidos.

¡Felices ellos! No todos los enamorados que perdieron el corazón y fueron heridos en el alma, en una de esas batallas de las pasiones, en que, si no corre la sangre, ni el cuerpo aparece lisiado, no por eso deja de haber los estragos; no todos los enamorados encuentran al fin la reparación de sus penas. Pero, como no hay código que castigue las desventuras de amor, la autora, la pérfida autora sigue risueña su camino, y es dichosa; mientras que su víctima, el triste corazón que confió un día en engañosas promesas, continua eternamente dolorido, despedazado, vertiendo hiel de odio y sangre de amargura, en compañía de un espíritu para el que ya no lucirá jamás en este mundo el alegre sol de la dicha.

JOSÉ DE SILES

EL ELEFANTE INGENIOSO

(HISTORIETA MUDA)



Con el p...
los señores...
dores el ou...
album JOY

BIB

Hasta al...
siguientes
El ases...
Carlos Bar...
Magda...
L. Jacolli...
El tesore...
venson.
El crim...
por L. Jac...
Orso, por...
El Hijo...
Las idgr...
nio Housa...
La neces...
ho Perrin...
Una org...
ny.
Los caba...
rique Syer...
El secre...
lot.
Sotos, po...
La Sala...
Para pe...
nistración...
za de Tett

A vo...
que se...
suelen...
Usad...
LA REINA EL...
Un incl...
ocurrió a...
del Quiri...
Corte allí...
Reina Ele...
vez vistie...
A partir d...
ción.
Los Sob...
su entra...
bre en est...
separado...
conversa...
ciples in...
to en que...
su excele...
nistro de...
Sonrien...
la Sobera...
francés. I...
ta. El m...

A vo...
que se...
suelen...
Usad...

LA REINA EL...

Un incl...
ocurrió a...
del Quiri...
Corte allí...
Reina Ele...
vez vistie...
A partir d...
ción.

Los Sob...
su entra...
bre en est...
separado...
conversa...
ciples in...
to en que...
su excele...
nistro de...
Sonrien...
la Sobera...
francés. I...
ta. El m...

RESERV.

PEPITORIA

ANAGRAMA GRAFICO

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 65.º de regalo, del álbum JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA AZUL

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barará.

Magdalena la Mendiga, por L. Jacolliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jacolliot.

Orso, por Enrique Syenkewicz.

El Hijo Maldito, por H. de Balzac.

Las lágrimas de Juana, por Arsénio Housaye.

La necesidad del crimen, por Juho Perrin.

Una orgía de sangre, por A. Vigny.

Los caballeros de la Cruz, por Enrique Syenkewicz.

El secreto terrible, por Adolfo Belot.

Solos, por Pedro Zacccone.

La Salamandra, por Eugenio Sué.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

A veces las humedades que son propias del abril suelen encontrar los callos. Usad el LADIVONSIM.

LA REINA ELENA DE ITALIA Y EL ENBAJADOR CHINO

Un incidente en extremo cómico ocurrió noches pasadas en el Palacio del Quirinal, durante el baile de Corte allí celebrado, y en el que la Reina Elena apareció por primera vez vistiendo el traje de ceremonia, a partir de la fecha de su coronación.

Los Soberanos acababan de hacer su entrada en la sala. Según costumbre en estos actos, ambos se habían separado momentáneamente para conversar unos minutos con los principales invitados. Llegó un momento en que la Reina se encontró ante su excelencia Hsu-Tsio, nuevo ministro de China en Roma.

Sonriendo amablemente, dirigióle la Soberana la palabra en correcto francés. En vano esperó la respuesta. El ministro chino miraba a la



Con las letras de lo que expresan los dos precedentes significados formar el nombre de una antigua región del Africa.

NOVEJARQUE

Reina, sonreía a la vez, y no contestaba una palabra. Su actitud decía claramente que no había comprendido una sola sílaba.

Su situación era insostenible. Por fin, un ayudante del Rey vino en auxilio del pobre diplomático, y aproximándose a la Reina, le recordó que Hsu-Tsio no hablaba más que su idioma nacional.

—Ya lo sé,—contestó la augusta dama;—pero creía que ese caballero que se encuentra detrás del embajador le servía de intérprete. Al decir esto la Reina señalaba a otro chino de la comitiva del embajador.

—En efecto, señora,—contestó el ayudante.—Lo malo es que el intérprete no conoce más que el chino... y el inglés.

La Reina sonrió; las personas que se hallaban próximas sonrieron; el embajador continuó sonriendo, y así dió término el singular incidente.

¡Qué salol ni que naftol!
Para producto excelente
la magnesia efervescente
granular de San-Inmol.

JEROLGIFICO, por Ricardo Dasi

2 12 ONZAS 2

Las soluciones en el próximo número

SOLUCION

Los pasatiempos del número anterior

Jeroglífico.—

Entre animales nació,
entre penas morirá,
su hacienda entregará
entre más de 22.

Problema de ajedrez núm. 6.

B

N

1.—R 3C.

1.—R 4T.

2.—A 4TR.

2.—R toma C ó 3C.

3.—A da mate.

(Si toma C) casilla R (mate).

(Si 3C) 8D (mate).

Frases en acción.—Romper el día.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

R. N. M.—Terragona.—Irá el cuento. Ya le dije que los atejandrinos tenían algunos defectos.

S. F. y K. de D.—Madrid.—El *Idilio* no es más que un romance opusculo en es y ofrece escaso interés. Por lo demás no debía tener usted en manera alguna lo que dice, pues su poesía, sin ser cosa del otro jueves, es correcta y tiene sentido común.

M. M. C.—Madrid.—Habría grandísimos inconvenientes para ello. Dispense usted no le conteste particularmente, pues padezco de una enfermedad que tiene por único síntoma un horror atrozísimo a escribir cartas. Gracias por el cuento. Está perfectamente.

F. A.—Huelva.—La poesía es bellísima. Se publicará.

P. G. L.—Valencia.—No debe extrañarle a usted el retraso. Si de mí dependiera todo saldría pronto, pero tenemos mucho original y poco espacio, relativamente, y hay que ajustarse además a las necesidades, no pocas veces caprichosas, de la compaginación. El soneto irá pronto.

E. B.—Barcelona.—Sin ánimo de sustraerle debo hacerle presente que lo que llama usted soneto no es tal cosa, pues cambia usted de consonantes en el segundo cuarteto. Además hay algún verso que adolece de igual defecto que un ex ministro de Instrucción Pública.

S. P. del H. M.—Valencia.—Los altisonantes párrafos del principio del cuento hacen esperar otra cosa, y de ahí una anti-estética desproporcion entre el introito y el final; además, el argumento está muy gastado.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLOGRAFICO EDITORIAL «LA IBERICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.-BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

AUSTRALIA



GUERRERO INDÍGENA DE RIO ENDEAVOUR